

LOS ARTROPODOS EN LA HISTORIA DE LA HUMANIDAD

Antonio Melic

Los artrópodos dominaban la Tierra mucho antes de que apareciera el hombre, aunque la mayor parte de los científicos tienden a cambiar de tema cuando se les pregunta por esta embarazosa cuestión. Lo cierto es que aquel lejano día en que el primer homínido, quien sabe si accidentalmente o a consecuencia de un retorcijón de tripas, se irguió y contempló durante un instante mágico el horizonte desde una nueva perspectiva, los insectos eran los dueños y señores del mundo. Cuando aquel animal peludo, bajito y de cabeza achatada se volvió hacia su manada -todavía encorbada buscando raíces- y dijo: 'Hola, me llamo Gustavo' esbozando un gesto inseguro parecido al de ofrecer la mano abierta a modo de tosca presentación, las pulgas y garrapatas llevaban varios millones de años comiéndose a sus antepasados.

Los egipcios -todo el mundo lo sabe- adoraban al escarabajo pelotero como a una deidad. Veían en el acto de transportar una enorme bola de estiércol una cierta simbología del universo. La bola de estiércol era el planeta tierra, más o menos como ahora, gracias a la polución, las guerras y el impuesto sobre la renta. Ramsés IV, influenciado por estas ideas, obligó a sus esclavos a construir una gigantesca bola de estiércol para ser enterrado cuando abandonara su forma mortal. Los arquitectos no consiguieron convencerle de las ventajas de la forma piramidal y como no hubo manera de construir la dichosa esfera a pesar de las ingentes cantidades de estiércol traídas de todos los rincones del reino, cuando Ramsés murió fue echado a las letrinas en un acto solemne cargado de simbolismo.

La civilización china -más o menos por las mismas fechas, pero en China- también conocía los insectos. Es célebre la frase del Emperador Ming: 'Ta Mu Güeno' tras probar un bocado de empanada de orugas urticantes rellenas de sesos de mosquito en salsa de saltamontes macerados. Murió de disentería y acabó, más o menos, como Ramsés IV.

La Biblia -especialmente el Antiguo Testamento- contiene algunas referencias expresas a los artrópodos. Por ejemplo, gracias a este documento sabemos que Lázaro fue uno de los precursores de la bioespeleología, aunque el asunto fue posteriormente distorsionado por los cronistas de la época, demasiado dados al sensacionalismo y la exageración, según sabemos por el Antiguo Testamento. Parece ser también que cuando los judíos huyeron de Egipto (o fueron desahuciados por impago del alquiler) y tuvieron que atravesar el desierto, se alimentaron de una sustancia dulce que caía del cielo: el maná. En realidad -ahora lo sabemos- se trataba de pulgones en vuelo nupcial rebosantes de esperma. Leví -un avispa judío- intentó comercializar el producto, pero la Torá (que es una suerte de Oligopolio comercial

fundado entre el primer y el segundo judío que hubo sobre la Tierra, en el que se la repartían) ya tenían los derechos y demandaron a Leví por 750 millones de piastras más intereses y costas. Se sabe también que los insectos participaron en una de las famosas plagas de Egipto, aunque los autores no se ponen de acuerdo en qué número de orden le corresponde. Mouzayek Zawaidi -erudito y corredor de apuestas de El Cairo- acepta 3 a 1 que fue la 7ª seguida inmediatamente por la más terrible de todas ellas: la subida del tipo de IVA aplicable a las momias. Alep-el-Cadí sostiene, en una obra tan ridículamente breve que el resumen la supera en once palabras, que con excepción de la momia de su mamá política, la momificación es una costumbre despreciable. A pesar de ello, años más tarde fundaría el primer Instituto de Esteticien tebano y se haría famoso por su capacidad para embellecer a las aristócratas y reducir 'esos kilitos de más que tanto afean nuestra silueta, amigas' según reza uno de los mensajes más pintorescos de la Piedra Rosetta.

Griegos y romanos prestaron relativamente poca atención a los artrópodos, excepto el joven Calígula, que solía entretenerse introduciendo escorpiones en los calzones de su tío Claudio. Homero, por ejemplo, sólo se refiere a los insectos en un pasaje en el que Apolodoro dice: 'Por Zeus que este ruidoso caballo debe tener la carcoma'; Virgilio, por su parte, hace decir a Pololos: 'Por Apolo que este ruidoso caballo debe tener la carcoma'. Más adelante Robert Graves señalaría esta semejanza en una nota a pie de página de su erudito ensayo filosófico 'Del Imperio Romano a la CEE: guía de las aberraciones sexuales' (Edit. K.K., 1114 pp.). Unos años después, el insigne Lord Head of Chor Litow le replicaría en un artículo del Daily que Daily haciéndole notar las sutiles -'pero significativas'- diferencias entre ambos autores, antes de que la Academia de las Ciencias de Londres le concediera el diploma al mayor estúpido sobre la Tierra desde Ramsés IV.

Los indios americanos apenas prestaron atención a los insectos. Se pasaban el día mirando el Pacífico, como esperando algo terrible y maligno. Para su desgracia, se equivocaron de lado. Los indios de la India inventaron el sopicaldo embotellando agua del Ganges. Aunque parece ser que les gustaba la entomología no la practicaban mucho, pues a los tigres les gustaban a rabiarse los indios que se adentraban en la jungla en busca de insectos. Debe recordarse que los ingleses todavía no habían llegado al país (por eso, todavía quedaban tigres y otros grandes animales). Andaban todavía con taparrabos, comiendo raíces y aprendiendo a decir 'Hello, my name is Gustavo'.

Incas, mayas y otros pueblos centro y sudamericanos representaron en sus manifestaciones artísticas numerosos ejemplares de insectos.

Txalotetlloc era, por ejemplo, el dios de los venenos, que más tarde, gracias a las gestiones de Hernán Cortes (pasar a cuchillo a 16000 nativos), fue conocido como San Justino, patrón de los investigadores cladísticos.

Para los budistas, los artrópodos -como todos los restantes seres vivos- eran manifestaciones del Atma (o del Anatma, según que tuvieran o no aguijón) y ello impedía ahuyentarlos o matarlos, lo cual era francamente molesto cuando se introducía un escorpión en la cama o un gordo mosquito intimaba con alguna de sus venas. Un truco muy utilizado -según el Sin-Gi-Tah-, aunque mal visto, consistía en silbar y haciéndote el despistado aplastar al bicho como sin querer. Luego, era obligatorio poner cara de sorpresa y entonar cánticos religiosos durante varias horas como expiación. En estas condiciones era difícil que prosperara la entomología. Así no es extraño que el Departamento de Plagas de la Universidad de Corea haya abandonado en bloque sus estudios para formar el grupo de rock duro 'The Avispones'.

Los árabes tenían también sus aprensiones a propósito de los artrópodos. El Ayatolah Alí-Voi prohibió todo contacto con animales impuros, aunque en períodos de hambruna, se consentía permanecer en el campo con la boca abierta, siempre que no fuera el Ramadán.

En los pueblos de la Polinesia, sencillamente, se comían las larvas de escarabajo fritas o escabechadas. Más adelante, cuando franceses e ingleses comenzaron a visitar las islas, les convencieron de la necesidad de proteger su patrimonio natural y se comieron a los franceses e ingleses.

La Edad Media en Europa fue una época oscura y triste. Por ejemplo, Chindasvinto -uno de los reyes godos- no sonrió jamás desde que tuvo uso de razón y se enteró del nombre que le habían puesto sus padres. La peste y la caza de brujas no ayudaron a mejorar el panorama, aunque la Inquisición hizo lo que buenamente pudo con sus escasos medios en materia de espectáculos a precios populares.

Tras la Edad Media puede decirse que comienza la historia científica de la Entomología. Es una época prolífica en la que se discuten teorías como la generación espontánea, la clasificación de los insectos o si resulta procedente acudir a las sesiones científicas de la Academia con leotardos. Réamur, en su *Mémoires pour servir à l'histoire des insectes*, se manifestaría totalmente en contra de esta medida en el capítulo dedicado a la indumentaria del entomólogo. Linneo, unos años después, en un célebre discurso que luego sería recogido como addenda en algunos ejemplares de la décima edición de su *Systema Naturae: ropa de sport y ciencia* (1758), consiguió vencer la resistencia de los miembros más anticuados y definitivamente se aceptó la prenda. Hoy, en señal de reconocimiento, todos los científicos de prestigio del mundo siguen llevando bajo los pantalones leotardos de fantasía.

Los estudios entomológicos conocieron un avance sin precedentes en nuestro siglo gracias a

algunos hitos que jalonan el insaciable deseo de conocimiento del hombre y a las adaptaciones para la televisión. Como todos sabemos, el descubrimiento más importante de la Entomología de este siglo se produjo en la antigua Checoslovaquia, en un pequeño laboratorio a las afueras de Praga junto al vertedero público donde unos años antes Sigmund Freud, en viaje de negocios desde Viena, encontró el 'ello freudiano' en una lata vacía de sopicaldo hindú. De ese mísero laboratorio saldría una de las obras científicas más polémicas de todos los tiempos cuya discusión -con frecuencia acalorada y violenta- se ha extendido por todo el mundo desde entonces. Al margen de algunas cuestiones básicamente intrascendentes como la evolución de las especies, la historia esa de los guisantes mutantes, la cladística o la biodiversidad, el interés y la atención de todos los entomólogos del último siglo ha estado centrada en la extraordinaria metamorfosis de Gregorio Samsa en insecto (Kafka, 1915). Hitler sostendría años después en uno de sus más largos discursos (días 20 y 21 de febrero de 1933, en su domicilio familiar, frente a Goering, su gato disecado) que se sentía perfectamente identificado con Samsa y que veía en la transformación un signo 'de lo por venir'. En la actualidad, la escuela italiana sostiene que se trata de un escarabajo, posiblemente un tenebriónido tipo *Blaps*; por contra, la escuela española, sistemáticamente boicoteada por los autores franceses que insisten en que Kafka era de Aviñón y que Asterix y Obelix fueron personajes históricos, sostiene que el resultado de la transformación es una cucaracha gigante del género *Periplaneta* (1991.-*Die Verwandlung* revisitado, *Graellsia*, nº especial monográfico con dibujos para colorear). Los americanos no han querido terciar en la polémica y trabajan bajo la hipótesis de que sus universidades son las mejores del mundo y que en su país no existen sodomitas, mientras otean temerosos, como inquietos, el Atlántico, esperando no se sabe muy bien qué cosas, qué desgracias, qué oscuros designios.

Pero si hemos de ser sinceros, es necesario reconocer que la enorme aceptación y popularidad de la entomología en los tiempos actuales no es una consecuencia del avance de la ciencia o de las aportaciones de Kafka. El mérito de la divulgación de la ciencia entomológica se la debemos al grupo musical 'Los Panchos' y a su magnífica obra 'La cucaracha'. ¿Cuántas vocaciones dormidas ha despertado esta canción en las décadas precedentes? Pongámonos la mano en el corazón -tanto científicos de lustre como aficionadillos cuarentones- y confesémoslo: ¿habríamos dedicado nuestros esfuerzos e intelecto a esta ciencia si Los Panchos no hubieran llamado nuestra atención sobre los problemas locomotrices de los blátidos? Yo, sinceramente, he de reconocer que hoy podría ser agente inmobiliario, analista bursátil o -quién sabe- economista, de no ser por aquella tonadilla gracias a la cual, estoy aquí y ahora, hablando del apasionante mundo de la ciencia entomológica a lo largo de esa historia del hombre que comenzó con Gustavo y sus garrapatas.